

En el amanecer del cuarto día de la semana el sol siempre se retrasa. Es un fenómeno extraño, pero así acontece en este pueblo. Por eso, el cartero aprovecha las primeras horas, cuando todavía no aprieta demasiado el sol, para repartir la mensajería. Cada jueves, mi padre, nervioso y expectante, sale a la puerta, se sienta en el umbral y espera. El cartero llega dando pedales en su moderna bicicleta de montaña amarilla acompañado por su séquito de pulgosos perros callejeros que se arriman esperando las sobras del desayuno. ¡Fuera, chuchos, largo!, les increpo.

Hoy ha recibido un sobre de tamaño folio sin remitente. Lo coge, lo agita con la mano izquierda a la altura de su oreja y sonrío. La mañana huele a narcisos florecientes y una luz del amanecer enciende gotas de su sudor casi imperceptibles en su frente. Se apoya en el quicio de la puerta. Una lágrima se le escapa. Sí, a mi padre, al hombre que siempre ha huido del llanto, se le cae de golpe. *En la vida hay dos tipos de hombres; los que se avergüenzan de sus emociones inmediatas y los hombres...Mi padre era de los segundos.* Temblaba. Accedió al zaguán y allí se volvió a sentar. Yo le puse la mano en el hombro y pude sentir el percutir de su corazón en palpitaciones desiguales. Tranquilo, padre.

Terminó de tomarse el café y se fumó aún dos cigarrillos sin retirar la vista del objeto recién llegado y colocado en el suelo. *Después* me pidió que me sentara y me lo contó todo.

Salió del pueblo aquella misma mañana del cuarto día pasadas las once, sin rumbo o con rumbo, sólo él lo sabía. Marchó con sus ochenta y tres años, una maleta marrón, un diario y un sobre bajo el brazo. Comencé a amarle definitivamente cuando comprendí que ya nunca más volvería a verle. Así que cogí el teléfono móvil y a tientas pude hacer la última foto de él sonriendo junto al conductor. No sentí pena. Le dije adiós con la mano y crucé mi chaqueta en un intento de burlar el frío reumático de mis sesenta años. ¡Adiós, padre! Nos veremos en el Paraíso.

Volví a casa rápidamente. Le dí una patada a la puerta del cuarto de atrás, el cuarto prohibido. Entré. Me colé en su mundo mágico ya por fin abierto. Había libros enteros de registro desde el año 1952. Mi padre se había dedicado a comprar, vender y cambiar durante toda la vida candados y llaves.

Era muy intuitivo imaginarse la secuencia de trabajo una vez recibidos: los limpiaba, los pesaba en la balanza, los medía con su calibre de joyero, los dibujaba a escala, lo registraba pulcra y primorosamente, con una caligrafía digna de un escribiente, incluso la procedencia y la historia del mismo — porque siempre tenían que tener una historia digna de contar, si no, estoy segura que él no los hubiera comprado —, luego colocaba un numerito identificativo, encajaba su correspondiente llave, los tasaba y los colgaba de un panel. Había también cientos, que digo, miles de cartas, siete diccionarios y multitud de fichas de ciudades, amontonadas en paquetes según el año de recepción.

Entonces comprendí de dónde sacaba mi padre sus cuentos y sus historias: el candado de un cinturón de castidad de una de las hijas de Rodrigo Díaz de Vivar, el candado del cofre que trajo el primer chocolate de América en la embarcación Sta. Magdalena, el candado y la llave que cerraban el acceso al órgano de la Catedral de San Esteban en Viena... En fin, había historias leves, creíbles, inverosímiles, imaginativas, y las extremas, — que eran las que más nos han gustado siempre en la familia por ser gráciles, grávidas, de las que vuelan o de las que se excavan —.

Lo cierto es que nos había hecho tan felices a todos... que iba a echarle un montón de menos por puro egoísmo, por su compañía, por su mundo mágico. Pero, ¿quién sabe? Tal vez tenga que marcharme yo también... siguiendo los pasos de sus candados.